

Ánima esquiva

Adriana Bañares Camacho

Huir de alguna escena es abandonar una batalla perdida. Cuando el convidado de piedra es el bufón, no queda otra salida que la puerta más próxima.

Valle Camacho

Se me han caído las disculpas

Se me han caído las disculpas. Perdona, cuando llueve peso / me ralentizo. Cuando llueve me agoto. Termino sola o me contengo. Y ahora

me roen las prisas por el pelo mojado y me distraigo / soy carne o soy escombros.

A mí han de venir trepan(an)do los ratones,

como a una Cenicienta a la que no se le perdona el descuido. La fábula no vendrá a salvarme.

Tiran por el cuarto los botones y las agujas a mí

sácate la sangre, tenemos sed

y me desprendo. Soy la carne cadáver en carne viva antes de las doce

no vengas a mojarme

me convierto en hiedra.

A mí han de venir a roerme las disculpas.

Perdóname, roguemos a la Virgen: llena tú eres de rabia.

Me quedo aquí o me voy. Espérame, llegaré tarde

llueve.

Me ralentizo.

Yo no quería publicar en una antología de mujeres

Los chicos juegan a organizar juegos de chicas. Cosas de chicas. Dejarles un rincón bonito, rosita, donde puedan jugar con sus muñecas. Y miran desde fuera. Mira qué guapas están las chicas. Mira cómo se divierten las chicas. Como si no nos necesitaran.

Todas las niñas en el baño después de clase de educación física. El sudor aún no es un problema grave. Muchas ni se cambian de camiseta. Los chicos que se asoman no alcanzarán a ver nada. Ni siquiera les interesa realmente ver algo, porque aquí no hay cuerpos maduros ni pechos prominentes como los que han visto en jpg. Ellas juegan a escandalizarse. Gritan *¡cochinos!* *¡guarros!* mientras se tapan algo que ni siquiera ha llegado a descubrirse. A toda niña le avergüenza su camiseta interior.

Hindernis

Nada vale ya el seas quien seas. No ahora que eres y me pones voz y yo te he puesto excusas y rechazos. No vale el seas quien seas ahora que eres y lo eres, como todos, incapaz de curarme de arrancarme de enamorarme de morir por mí o matarme con tu ausencia o la distancia o tus palabras secas, que no me duelen por amor ni por castigo, me duelen como humillación y no erótica no sexual no con odio y sí paternal, desde tu experiencia, desde tu impaciencia, desde tus ganas solo de tenerme contigo —y no para ti— como todas las que han sido antes y por encima de mí en todos los sentidos.

El Letargo y el Cinismo

Nada de Andrew Blake cerca. Peones en la caja que tiramos a la basura. Dentro de poco lloverán nubes de plata. Es el ciclo. El ciclo. El ciclo que ahora se ha dado la vuelta. Vuelta de no retorno y siempre lo mismo. Contra el viento subiremos al centro del vacío. Del vacío desde lejos y hacia dentro. Descenderemos en hipérbatos y arrecifes. Sumergidos en el centro de nosotros no habrá nada salvo el eco que nos lanza el pudor y la arrogancia.

Seas quien seas te quiero

Seas quien seas te quiero. Te quiero lo más cerca posible. Me matan las ganas y el insomnio, el silencio, las palabras ajadas de quien dice cualquier tiempo pasado fue mejor. Me imagino tus manos —seas quien seas— curtidas por el dolor y los quehaceres escabrosos. Las arrugas y el vello que el agua de tantos años no ha podido terminar de limpiar. Porque te faltaba yo. La parte de mí que te estrujara desnuda envuelta en sudor. Aferrándose a la inseguridad de tus cimientos para dejarse llevar en esta sensación que me vacila normalmente. Te faltaban mis lágrimas. Todas las que he ido guardando desde que te inventé y que derramaré en nuestro primer encuentro. Las pestañas no tendrán un matiz ácido ni habrá nadie que se pregunte por qué intento sujetarme si no estoy cayendo. A mi lado estarás tú, seas quien seas, aplastando mi caja torácica para curarme el pecho. Alimentándome con tierra, flores y crujientes insectos. Serás tú, quien hartado de la vida no te olvidarás de mí tan fácilmente. Harto de mentir sabrás que solo yo te amaré debidamente. Así, acariciarás mi cara húmeda, dejando con tus yemas en mi faz surcos de tristeza que se irán, como las horas que pasemos juntos, a reposar amontonados en la tierra, cuando nos pensemos como desconocidos.

Serie b (hard to be soft, tough to be tender)

Con las uñas rotas busco bajo la ropa la piel que se presenta tersa y a la defensiva, pero caliente. Me gusta arañarla y llenarme de tus escamas, me gusta impregnar de tu sangre mis dedos, observar tu sonrisa estúpida, como si pudieras darme lo que necesito, pero ni siquiera lo que quiero me lo sabes dar.

Desato con cuidado el nudo de tu ombligo y me adentro con mis manos en la humedad de tu vientre. El olor tibio me transporta a la infancia, casi al segundo previo a mi nacimiento, y cierro los ojos en un gesto que oscila entre la melancolía y el placer.

Acerco mi rostro a tu abdomen, y olisqueo como una perra hambrienta, antes de introducir mi lengua en tu interior y relamer mis dedos con una sensualidad tan perturbadora como ardiente.

Aparto con suma ternura los intestinos, introduzco más aún el brazo y a su paso toco el hígado suavemente hasta llegar a la vesícula biliar. Y, mirándote a los ojos, aprieto y me deleito con el sonido de sus piedras. Como una niña sonrío y tú sufres, pero no dices nada, aunque puedo ver en cada lágrima el dolor que derraman, que sientes, que surca tu estúpido rostro, que alimenta mi ego y me calma, que grita desde tus entrañas...

Inné

*ever realize
What it costs to sympathize
No emotion*

In a look. Jeremy Enigk

Hoy la chica más guapa lleva el pelo sucio pero a nadie le importa con tal de que lleve limpias otras cosas. Debajo del chaleco antibalas cicatrices de deseo, veneno, mata ratas. He cosido la fuente de mi fertilidad. Aquí, hasta que me quieran, solo entrarán piedras. Hoy la chica más guapa del bar lleva el pelo sucio. Sobre la barra mis dientes como ofrenda. Me he cosido los labios. Aquí, hasta que me quieran, solo entrarán piedras. Saliva seca en las comisuras y entre los muslos. Hoy la chica más guapa del bar lleva el pelo sucio. Enormes costras de caspa se elevan de la raíz hacia las puntas y nos vemos hambrientos pero hoy me siento nadie. Hoy me siento seca. He desgarrado mis párpados con grapas pero aquí no cabe nada salvo tierra. Espero mi crucifixión ante el espejo mientras en el vientre aún flota entre la nada el recuerdo del hijo que nunca tendremos.

Orla

Todos iguales, como piezas de un puzle en blanco, encajados zafiamente en la puerta de algún sitio del cual saldrán sin fuerzas.

Todos iguales, creyéndose importantes. Serios, patéticos, vergonzantes, con la triste intención de mostrar en sus rostros el orgullo que solo tendrán sus madres.

Todos iguales, como los cromos repetidos guardados en un cajón aparte.

Y yo casi desnuda, despeinada y de resaca, los observo tras mis gafas de sol y solo siento repugnancia.

Pensar en ellos como objetos sexuales ni siquiera me vale, porque solo imaginármelos sudando en mi cama me produce arcadas. Sus miembros finos, pequeños, bailando tristemente dentro de mi cuerpo. Sus torpes lenguas, sus estúpidos mordiscos, sus palabras desafortunadas y fuera de sitio, y sus estúpidas versiones al día siguiente en el patio de recreo.

Ya me conozco el juego de hacerse valer, como si eso alguna vez sirviera para algo. Ya me conozco el juego de morderse la lengua antes de llamarles gilipollas. Y el de romperse las medias, perder el zapato, restregar las ganas por su cuerpo, apurar el vaso mientras miran con descaro al ganado reagettonero que sí está a su nivel.

Todos iguales, cerrando la boca a última hora, en el segundo exacto en que salta el flash.

Reckon

Mírate. Míranos en esta foto. Mira cómo me miras, casi con tristeza, como si supieras lo lejos que me encontraba ya de ti. Mírate. Míranos. Tenías razón cuando dijiste que pasaron cuatro meses. Mírate. Me querías demasiado. Mírate. Piensas que estoy guapa aun llevando esos pelos. Culpándote de lo que está pasando, por quererme demasiado. Somos tan pequeños. Estamos pixelados. Me miras como si quisieras retroceder en el tiempo. Me miras sabiendo que no nos salvará ese concierto. Me miras sabiendo que vamos a terminar pronto, pero no siendo lo bastante valiente como para darlo tú por acabado. Mírate. Mírame. Estaba cansada. Cansada de no verte. De esperarte en la estación. Cansada de sentirme menos inteligente a tu lado. Cansada de quererte tanto. Mira el resto de la gente. Cómo sonrían. Cómo miran hacia el frente. Mírame. Cabizbaja. Mírate. Me miras. Míranos. Estamos ausentes. Dónde estamos.

Por mí y por todos mis compañeros

Por dejarme comprar con canciones francesas, vino espumoso y cajas de bombones. Por querer dinero. Por querer dinero. Por querer dinero. Por olvidarme de lo que significan las cosas. Por eliminar a la gente creando mis propios holocaustos privados. Por fumar y decir siempre este es el último. Por no beber sola. Por hacerlo a escondidas. Por esconderme en moteles donde ni yo misma me encuentro. Por encontrar fantasmas en las carreteras. Por no tener miedo. Por olvidarme del significado de las cosas. Por decirme ahora me pongo y no ponerme nunca. Por quejarme sin saber, sin estar, sin enterarme. Por comprarme un corsé aun no teniendo dinero. Por seguir gastando lo que no me gasto en comida en teñirme el pelo. Por buscar y que me manden buscar en otros sitios. Por mandarlo todo a la mierda. Por empeñar mis poros y desmoronarme. Por descubrir nuevos moteles, nuevas metas, nuevas propuestas. Por desentenderme de alguien, por entenderme con alguno. Por ahogarme precisamente ahora que tengo aire. Por envidiar lo que fui antes. Por recostar la cabeza en mi vientre hasta alcanzarme. Por convertirme en espiral y volver siempre al principio. Por regenerarme aun teniendo atravesada la piel en mil caminos. Por hundirme en humo y decir siempre que este será el último.

Con las entrañas

Hay algo en esto del amor que me escuece. Te amo con las entrañas. Y tú respondes con una pregunta: ¿Se puede amar de otra manera?

Entonces nunca he amado.

Pero hay algo en este amor que me escuece.

Déjate llevar. Somos felices. Qué hay de malo en ello. Eres lo que siempre he buscado.

Y siempre habíamos estado aquí.

[Yo te he amado siempre. Incluso antes de conocernos.]

En una primera cita hablamos de la familia. Nuestros padres se quieren porque son distintos. Los polos opuestos, decimos, casi a la vez. Y nos miramos.

Nosotros somos iguales.

No podría querer a nadie después de ti. Todo lo demás será tan falso.

Pero hay algo en este amor que. Me terminas las frases. Dices: que sí. Que te duele. Y sonreímos. Te amo, me dices, tan intensamente.

Con las entrañas.

Preferencias

Su padre se ahorcó un día de febrero. Ella llora porque este acontecimiento le dejará sin regalos de San Valentín. Él, en el cementerio, acusa a su padre de todo por lo que ha tenido que pasar y en lo que se ha convertido. Por ser un inútil incapaz de ver más allá de la pantalla del televisor. Por haber tenido que ser marido de su madre y padre de su hermana. Por no querer a nadie que lleve falda. Ella se sienta en el borde de la cama, calentándose los pies con un pequeño calefactor que no consigue dar calor, solo evaporar lo poco que le queda de esperanza.

la tiranía de la estética

era el inmenso desierto que habríamos de disponernos a cruzar

solos

Eduardo Fraile.

Me quité mucha importancia a mí misma. Sesgué las palabras eufónicas. De mi palidez,

las pecas. Los bucles. Todo. Para ser solo una más como tantas (*modernas* de pelo negro lacio con flequillo). A cambio de esta carrera contra natura, canas en el campo de batalla donde Lolita perdió su guerra contra el tiempo. Es una verdadera pena no ser ya adolescente ni pelirroja ni hermosa —ni hija del peor de su generación— y que a pesar de haberme quitado tanto, no haya sido capaz de curarme de mi propia estupidez.

Café soluble

El ruido de la cucharilla contra las paredes de la taza, a las siete de la mañana, se infiltra en mi habitación hasta colarse entre las sábanas para arrastrarse después hacia mis oídos y taladrarme el cerebro desde dentro. Es el ruido, ese ruido insoportable, el que decapita a los personajes de mis sueños, de la última hora inconsciente, entre colores pastel difuminados, ojos negros y ninguna nitidez. solo la plata de la cucharilla, afilada, mantiene algo de brillo mientras termina intransigente con el elenco de actores que satisface mi reposo.

Stay

Volver ha sido desconocerse. Un usted está aquí como un usted no ha estado en ningún sitio.

Hay en cada marquesina de autobús publicidad engañosa: fuera de aquí no hay nada, venite adoremus.

Hay en cada calle persianas bajadas. Se vende, se alquila y se traspasa. Pero, por favor, quédate.

Me quedo. Y lo hago en todas las acepciones de la palabra.

Me silencio. Me encierro y paralizo. La tele dice *no hay amor* y se recrean los medios en la ausencia.

Que no te vayas. Repiten.

Voces

En el rincón de la cocina, aquel rincón que había entre el fregadero y la ventana, ahí, aquel rincón que siempre estaba marrón, siempre. Siempre sucio, pegajoso. Parecía que aquella mugre ocultaba algo tras de sí. Había algo, estaba convencida, detrás de la pared. Un agujero. Me dejé las uñas largas, muy largas. Me costó mucho tiempo, mucha paciencia, pero lo logré. Aquel día, cuando las yemas de mis dedos se ocultaban ya tras largas garras, arañé aquella esquina, me llené de porquería las uñas, raspé y raspé y perdí mi mano en un agujero negro. Al recuperarla de aquel lugar, de allí brotaron cabezas de bebés, grisáceas, que lloraban como cerdos en la matanza. Gritaban tanto que sus voces se adentraron en mi cráneo. Intenté expulsarlas por mi boca. Las voces seguían dentro, queriendo salir. Por más que gritara mi cabeza se rellenaba como un pequeño frasco de fragancia barata. Escupir, gritar. Pero era imposible despojarse de aquello. El dolor de cabeza se acrecentó de tal manera que la única solución posible que encontré para paliarlo era despojarme de ella. Agarrándome del cuello, tiré con todas mis fuerzas hacia arriba. Enganchando mis dedos a los orificios auditivos, taladrando mi cráneo con utensilios afilados. Tiré, tiré, tiré. Rodé. Seguí gritando siendo cabeza hasta terminar dentro del agujero, con todas las demás. Desde allí, entre la mugre, pude ver a mi madre susurrando *otro más, qué pena*, apoyada indiferente contra la alacena.

Indiferencia

Ella no me dice nada, solo sonrío y me dice que coma más mientras se prepara un triste plato de verduras a la plancha. Yo me vuelvo a la habitación y reviso el correo. No hay nada, nada, como mis palabras, vacías, pequeñas. Vuelvo a la cocina y ella está llorando. Me imagino que se trata de la cebolla que está picando. Las dos sabemos que no es por eso, y a mí también se me escapa algo por los ojos. Pero no nos decimos nada. Ni siquiera nos compadecemos la una de la otra. Por la mañana volverá a golpear mi cabeza con una cucharilla, pero todo seguirá en silencio.

¿Tú dónde estás? Yo morí y empecé a hacer cosas. Siempre para que tú me recordases. Hoy es otoño. Fui al hospital y me dijeron *Sonríe, has perdido tus últimas horas blandas*. Llegué tarde. Tú ya no estás aquí porque no te (he) visto. Quítate las bragas y sube a la camilla. He vuelto y yo quería algo real pero ha desaparecido. *Enhorabuena, usted está aquí*. Yo quería si acaso una razón para el miedo. *Enhorabuena, te mueres*. Pero no se puede morir dos veces, y menos aún en el mismo sitio. Así que se trata de subirse las bragas, bajar a por papel higiénico, dar las monedas a la cajera y no devolver el saludo a los mendigos. Se trata de vivir en la estación. Yo era turista, señor, pero se hace uno sin darse cuenta al limbo. *Usted nunca estuvo aquí*. Que nadie nos devuelva el saludo. Por qué se nos trata igual a los fantasmas. Por qué se empeñan en mantenernos vivos. Yo aún no he despertado de un mal sueño. Me quedé paralizada cuando traté de volver en mí y solo conseguí abrir los ojos. Tú seguías a mi lado. Notaba el pulso en mi espalda. Vi la habitación, yo estaba aquí, pero mi cuerpo despertó muerto. Y, aunque logré levantarme de la cama, mi carne era ya cadáver. Me arrancaba el pelo a puñados. *Mira, no me duele. Yo no estoy aquí*. Y tú decías *Un yo no estuve aquí como yo lo estuve en todo*. Camino desde entonces arrastrando una coraza de órganos muertos como la niña que, negándose a admitir que ya no sirve, arrastra un globo roto.

Todos somos monstruos

Nacemos monstruos y vamos empeorando con la edad. Sobre todo en el colegio, en primaria. Ese es el punto álgido de nuestra monstruosidad. El momento en que nos damos cuenta en qué fallamos, cuál es nuestro punto de atracción y cuál el punto de detección. Qué nos aman, qué nos odian. Somos monstruos, cargando a nuestras espaldas las vergüenzas, todos y cada uno de nuestros prejuicios. Las manchas de nacimiento que no se van ni con maquillaje y que se multiplican a la luz del sol. Escondidos en un mutismo de pudor inconfesable, intentando aparentar siempre que todo va bien. Que no somos bestias como el resto. Somos el monstruo gordo de la clase de quinto de primaria, a quien no queríamos nadie y llamábamos bola de sebo; somos el monstruo cíclope de segundo de primaria, a quien llamábamos cegato por tener un parche en el ojo izquierdo. Somos la caspa, los kilos, el moco, la roña en el cuello de todos esos niños marginados. Somos la vergüenza de nuestros años de instituto, los chándales cutres de Adidas para las clases de educación física. Somos aquella voltereta que no supimos dar, el balón prisionero que nos dio en toda la cara, el sol que nos cegaba al jugar sin ganas al puto vóleybol. Todos somos los monstruos. Las cajeras del día madres solteras a los veinte con un novio que se sobreexcita al cambiar el motor del coche. Todos somos los monstruos. El triunfador que se muerde la lengua cada vez que recuerda lo patético que fue a los quince. Somos monstruos. Cargamos a nuestras espaldas, y lo tenemos tatuado en la frente, quiénes fuimos y el peso de nuestra vergüenza.

Se perdieron

y eran solo dos estrellas de mar, de colores. Dos estrellas a las que se les acababan de cortar los brazos, y resucitaban, y volvían a desaparecer, para crecer después, para disfrutar del dolor. Porque se perdieron y no supieron distinguirlo, por más que la sangre emanara de sus huecos, aun viendo que la regeneración tardaba en aparecer. Se lamieron las heridas, e introdujeron en las llagas de la otra sus dedos arrugados para pintarse con la sangre el rostro y descubrir, por primera vez, de qué estaban hechas. Para, por primera vez, encontrarse y saber que se habían perdido para siempre.

Al vacío

Para sacudir la realidad de las pestañas, optamos por mantenerlas bien pegadas, agarrarnos bien fuerte de la mano del otro y saltar al vacío sin pensar en el final, solo sintiendo la caída, la fuerza de la gravedad arrastrándonos en el aire, nuestro interior acelerado. Gritar hasta desgarrarnos.

Disimular

Vivimos por unas horas una vida que no es la nuestra, pero sí la que quisiéramos tener. Aunque todo, siempre, se puede mejorar. Un gato enfermo que ronronea en mi regazo, Psychedelic Furs de fondo, una luz muy poco ambiental, pero el ambiente ya lo estamos poniendo nosotros mismos. Comida china sobre una mesa de mármol y metal que intenta parecer dorado. Entre los resquicios barrocos de quienes antes estuvieron aquí y los latidos de quien ahora vive retumbando en cada póster, en los libros de las estanterías y las películas de Godard y Truffaut, que nos gustan, pero no son nuestras. Como nada de lo que hay aquí, aunque lo vivamos como nuestro durante estas pocas horas. Y hacemos como que nos queremos sin saber qué queremos realmente mientras los gatos duermen y termina el CD.

Nos comimos las manos de la mano que nos dio de comer.

Y ahora que estoy huyendo, ahora que corro poseída por la angustia, ahora que parece llegar a tiempo se escapa de mis manos. Y me quedo con la mano que me dio de comer para comérmela, para rechazarla, para pensar que aún sigue viva, y huir de ella. Y ahora que llego a tiempo la angustia se apodera de mí y me siento atrapada en el seno de quien me hizo como soy. Todo a mi alrededor, ahora que voy tan deprisa, se ha parado en seco. Todo va tan lento. Ahora que me parto las piernas a cada paso, ahora que tengo la oportunidad de salir de este pueblo, encuentro a mi abuela hurgando en un contenedor. Buscando. Manchándose las manos. Ahora que vuelves soy quien quiere salir de este mundo, y no lo entiendo. Ahora que lo tengo fácil, las circunstancias se ponen en mi contra. Ahora que voy tan deprisa el mundo se ha parado en seco. Y al despertar me vuelvo a dar cuenta. He logrado escapar y tú sigues muerta. Y te echo de menos.

Armless

Enredada en las manecillas de un reloj, deslizándome hacia abajo, cortando las palmas de mis manos, asfixiándome inquieta, perdiendo el tiempo. Crucificada dentro, tras un cristal contra el cual reposa mi barbilla. Mis brazos, despojos; atado el derecho al segundero, que no para de girar. Pero ya no siento dolor, solo claustrofobia. Solo me duele el pensar qué estará pasando al otro lado del cristal y contra lo cual no puedo hacer absolutamente nada.

Tregua

Hoy me quedo aquí, contigo. Hoy me quedo hasta que nos salgan llagas en el cuerpo. Hoy me quedo hasta consumirme entre las llamas de la sábana bajera.

Hoy me quedo hasta que quieras que me vaya. Hoy me quedo hasta aburrirte.

Hoy me callo hasta que respondas. Hoy me quito la ropa hasta quedarme en silencio. Me quedo muda para quitarme el derecho a decir lo que realmente siento. Hoy me arañó las mejillas hasta que se borren mis facciones. Hoy me sesgo la comisura de los labios con el filo de la inseguridad. Hoy me rasco las pupilas hasta perder el poder que le quedaba a mi mirada. Hoy nos damos una tregua... perdemos la jugada.

Frontier

Ha entrado a matar este año la primavera. Los colores han inundado todo el paseo de la celda al mercado. Me dicen

que hemos sobrevivido al invierno. Yo también. Me incluyen en su afirmación: hemos sobrevivido al invierno.

Y yo extraño tanto ese frío anestésico y el calor de la celda y el bloqueo en las piernas. No saber caminar, ni querer aprender a hacerlo.

Tan sencillo todo en la minusvalía y el vencimiento. No me voy a levantar.

Pero ahora llega el sol y se van horas de noche. El insomnio parece más corto. Menudo engañabobos. Amanece.

Y ya se oye el murmullo de la gente en la calle, como no se oía antes. Los ancianos y los niños salen a los parques como perros. Los pasean al sol, solo ahora que hace bueno. Es denigrante.

Y yo solo camino pesada con el cuerpo que me trae el sol y me quitó el invierno paseo en busca de un banco aislado donde acurrucarme bajo unas hojas en blanco y escribir

que ya es abril [inevitable] como cada año y que ni estando aquí a dos mil kilómetros [bajo tierra] de mis recuerdos consigo sentirme lejos.

Idealismo

Ella apareció desdibujada, un poco difuminada. Él entornó la vista para verla bien, pero sus ojos se invirtieron y desde entonces la ve solo en blanco y negro.

Su cuerpo se fue granulando, como en una vieja película sin remasterizar. El sonido de su voz iba acompañado de un zumbido insoportable, como en una emisora de radio sin sintonizar. Ella desapareció. Él la recuerda en technicolor.

Cálculos renales

Me partieron en dos con poco cuidado, para llevarse cada uno por su lado. El resto, las migajas, se quedaron por aquí y ahora corretean y buscan como andróginos. Se retuercen a fuego lento y se apochan entre cebollas, sumergidas en aceite. Mis migajas se entretienen rodando por el suelo, penetrando entre tus uñas, pegándose en tus ojos. Mis migajas, lo que soy, solo son tus legañas, las legañas de tu resaca, las legañas que cierran tus ojos cada mañana. Yo, ahora, soy tu *súper glue 300* aunque te folles a mi media mitad, lo que te tocó llevarte en esa rifa. Yo, hoy, soy, el premio de la tómbola. El perrito piloto que suele sollisparse en poliespán. Mis códigos son cifras de cuatro en cuatro, de seis en seis, de cinco en cinco. Precios bajos, porciones de cariño en papel mojado. Tus posturas son serruchos oxidados que me parten. Tu sierra son enjambres de telefonía, cables negros, cables blancos, lucecitas de colores enroscados en metacrilato. Tus jugadas a tres manos son la cofradía de las bajas pasiones procesando por la línea alba, bajando por mi vientre. Mi monte de venus es una parte de esa cordillera que ya no tiene piedras, sino cálculos renales. Y mentimos, nos mentimos, y forramos los cortes con tiritas preescolares.

Tengo miedo a que todo se destruya. Un terrible pánico a la efervescencia. Miedo a un final abstracto. No, no temo a lo físico, a lo material. No temo al dolor tanto como al pensamiento. No quiero que termine. Nada. No quiero la nada. Me desplazo sin rozar el suelo, a través de paredes, fundiéndome en las cortinas (anaranjadas) de mi habitación, y como el rastro de rocío que deja la noche sobre mis hojas, me quedo quieta, esperando evaporarme. No sé a dónde quiero ir a parar. No sé si quiero parar. No por el momento. Y tal vez me he vuelto inmune. A todo. Inmune. Estática y maleable a la vez, como plastilina, como sangre seca bajo las uñas. Una mueca extraña, un rostro conocido vencido por el desconcierto que provoca un cambio brusco de temperatura. Ahora que llueve todo es contrario a lo que fue. Ahora que el frío vuelve a dejarme un tono violáceo en las manos y agua salada bajo mis pestañas, todo es volátil, silencioso; agua. Ahora es todo tan claro que tengo miedo a que se evapore y, sin embargo, quiero evaporarme yo. Quiero saltar por la ventana y soplar. Soplar. Quiero volar hasta evaporarme.

Subalterna

He visto una copia de mí en el cine. Tenía el pelo más vivo que el mío y una sonrisa fija bajo un par de ojos verdes. He visto una copia de mí, con el pelo recogido en una pinza de plata y un vestido demasiado corto. He visto una copia de mí con alguien que conozco. Por alguna razón creo que ha venido a matarme, así que me cambio continuamente de butaca para despistarla. He visto una copia de mí mejorada. Más joven, más guapa. Diplomática. Esa clase de gente que cae bien a todo el mundo menos a mí. Dos butacas más a la derecha una muchacha quiere humillar a su pareja. Le toca, le excita, le rechaza. Va sin bragas, falda tres cuartos, maquillaje claro; puta decente, discreta. Reservada. Manipuladora, acomplejada de su ignorancia. Su vida estancada: hace tres años el tiempo se paró para ella y ya ni si quiera envejece, solo engorda. Y se acompleja un poco más. Esa copia soy yo hace más de tres años. Encerré mi adolescencia en hojas de papel. Encerré mis recuerdos, o, mejor dicho, los traspasé. Ya no me queda nada en la cabeza, solo en mis manos. Todo quedó en papel. Tan frágil. Cualquiera día todo puede arder. Todo. Desaparecerán las cosas que me avergüenzan, las acciones, mis actos de quinceañera. Esa parte de mí que hoy parece haber renacido. Ahora que la veo siento que todo se ha hecho añicos, como las puntas de mi pelo. Se resquebrajan las palabras que hoy se han vuelto hielo. Todo ha muerto.

Cero

Sus besos sabían a excursión. Sabían a aquella excursión que hicimos a ARCO en primero de bachillerato. Sabían a esa noche en que me enamoré de tres modernos a los que les flipaban Muse. Sabían a los pantalones blancos anchos que me ponía siempre con un tanga azul que siempre se transparentaba. Sabían a todas las veces que me dijeron *tienes que venirte a Madrid*. Sabían a excursión. A escapismo. Sabían a merienda de cumpleaños. Sabían a autobús, a walkmans, a discmans, a minidisks, a mirar por la ventana. Sabían a aburrimiento, a premeditación, a virginidad, a estupidez, a inmadurez, a condones desde hace meses pegados en la cartera. Sabían a no tener ni idea. Aburrimiento. Sinsustancia. Sabían a náusea, sabían a tristeza, sabían a no hay nada mejor, sabían a simple saliva, repugnante, asquerosa. Sabían a soledad, al último pedazo del día, a desesperación en calma. Sabían a impotencia, a resignación, a desencanto. Sabían a tan poco que quise buscar un sucedáneo, sabían tan tristes que quise desecharlos, abrazarme a la almohada y encontrármela empapada en rímel la siguiente mañana. Sabían a no ser quien quisiera que fueras. Sabían a saber que no me importaría tanto que no me quisieras.

No siempre fue así

Cuando era niña gritaba. Gritaba mucho. No me refiero a que gritara durante largos períodos de tiempo, sino que gritaba tan alto y tan desgarradamente que al hacerlo imaginaba que mis cuerdas vocales se rasgaban limpiamente como cuerdas de guitarra agredidas por un bisturí. Mis amigas y amigos del colegio me pedían que lo hiciera, pues mis gritos se asemejaban a la alarma de incendios. Al hacerlo, venía corriendo hacia nosotros algún que otro adulto alarmado, pero para entonces yo ya me había callado. Con esta voz tan dulce, y aquella carita de nena, nadie sospechó de mí. Cuando era niña gritaba, y gritaba mucho...
pero un día me callé.

Pequeño mordisco

Lo único que sabía es que se había ido por un camino que no fue el de las baldosas amarillas. El parque viejo, reseco, roído por carcoma y semen.

Las lágrimas de un tiempo que no podía volver, la melancolía como sarro entre los dientes, alicatada en la mente. Copas de coñac, pestañas con rímel azul y la represión del deseo. Abstemias comprimidas. Placebo para idiotas.

Efeméride de lo efímero

Se rebaja la luz. A través de las paredes cuatro bostezos del vecino cada dos horas. Golpes. El mundo se ha empapado de fragancia de bebé. Inexpertos y acobardados paseamos temerosos por el pasillo del imaginario colectivo. A golpes con los medios que nos comen el tiempo que escapa vacío de contenidos. Otro tren perdido. En otro día de situaciones comprometidas, violentas, donde las ganas de hacer han perdido la batalla contra el prejuicio constante, latente del qué dirán. Otro domingo. De televisión y matarse a pajas hasta hartarse (de uno mismo). La ropa sucia tirada en el suelo. Sábanas con mi propia esencia. Sobredosis de vergüenza intracraneal. Apretamos los dientes y los ojos. Al unísono. En la distancia. Sentimos lo mismo. O simplemente tratamos de sentirnos (distintos). Sonsólo los gajes de haber deseado lo prohibido. Dejar la mente en blanco es imposible desde que la acapararon los trenes. A veces sobre el agua a punto de hundirse. Otras veces limpios y resplandecientes. Pero siempre con un nudo de angustia acordonando el sueño. El paisaje a través de la ventana es oscuro, salvaje, hirsuto y espinoso. Está a punto de anochecer a pesar de no haber amanecido, y hasta el colchón es la mezcla, la quintaesencia, de ese olor a recién nacido con el aroma del rubor y las ganas inconmensurables de cambiar todo en lo que me he convertido. Dónde recuperar la sensación de vida si no es a través de un cristal que nos devuelve los rayos de sol de un día que se acaba, como todo lo que viene detrás

y se nos escapa.

Se durmió la sangre en la camisa

¿Dónde quedó todo? Anestesiada la sangre la pena deslumbra. Se ahoga la vida y muere en el pecho la última gota de esperanza pero no la fiebre de lucha a pesar de las piedras, las mordeduras y los limones más amargos. Ahora buscamos indefensos la piel del soldado con intención de reforzar las venas y encadenar con ellas la naranja ácida que reemplaza a un corazón helado. Ahora, de cristal, delicados y vulnerables a cualquier tropiezo, nos abstenemos a volar, dejamos que nos devore la soledad. Preguntamos
¿quién ama tanto

que sea como el pájaro más leve y fugitivo?

Dormida tu sangre y helado mi pecho, nos alejamos, lo supimos, lo dijiste

solo

somos dos fantasmas que se buscan

y se encuentran lejanos.

Lo que se encuentra en cursiva son versos de Miguel Hernández.

Excrecencia

Entre las uñas queda un rastro transparente, como el camino que marca el caracol en su angustiada huida. No sangran sus heridas. Se rompe la espiral y la eternidad quebrada se hace pura evanescencia. Como las babas secas sobre el suelo de cemento. Y arden ahora bajo sus pies las baldosas, espolvoreadas con migas blancas y patas de araña. Abejas muertas. Muchas hormigas. Ni aun cuando llueva podrá desquitarse de esa pena, del colosal abismo que se ha abierto con una nueva herida. Que sí sangra, pero no se desvanece. Dormir sobre la hierba hoy no es una buena idea. Los gusanos y las lagartijas amenazan con entrar y arrebatarse lo poco que dentro queda. De su casa, sus recuerdos. Quimeras escondidas entre la tierra, entre el sarro de las tejas. Con una sola piedra esta casa puede hacerse añicos. solo entonces podrá entrar en la buhardilla.

Alguien parece estar mirando por la ventana. Al menos él siente que observan cómo va dejando su rastro de lágrimas como rocío sobre las plantas. Y los insectos entre las rosas le recuerdan cuán insignificante es, y lo insoportable que se ha vuelto todo.

Taxidermia

Se sentó en sus rodillas, pensando en lo poco que les quedaba. De tiempo, de dinero, de esperanza. Y pensó qué sería de ella entonces, cuando él muriera. Le vio mayor, deforme y degenerado. Olvidó su nombre y quién era ella. La miraba, con un rictus de extrañeza, pero también tranquilidad: la tranquilidad que presentan los ojos de un bebé al verse rodeado de gente, protegido. Quién me va a proteger a mí ahora. Qué será de todo este universo que creamos cuando hayas muerto. Él no tiene fuerzas, ni en el alma, ni en sus manos. Ella está desecha por dentro; sus vértebras quebradas, deshechas en miles de hebras. Siento que su cuerpo ya no es de este mundo, no es humano. Está hecha de espinas. Y él la mira, pero no se pregunta quién es porque ya nada tiene el menor sentido. Una sirena, tal vez. Quién te ha traído hasta aquí. Fue él, pero parece que nadie —no solo él— se acuerda de aquel día. Y ella por darle cariño se sienta en sus rodillas y se deja secar. Los dos no son más que dos criaturas disecadas.

Agua

Me han abierto el pecho en canal sin anestesia, y en su interior no vi un ser humano: solo vi agua. Agua densa y muy azul. Mi interior solo es gelatina que ocupa cada recoveco de mi cuerpo. Mi alma es agua, Variable, voluble, agua.

Por eso comprendí que en verdad era mi mente quien ve, pues mis ojos son agua, parte de alma. El concepto de satisfacción es un concepto auxiliar del concepto de verdad. Soy una asignación insatisfecha, incontingente, maleable, café mi sangre, de agua hecha. Si lloro, es porque mi alma se desborda. Por eso cuando llego al orgasmo siento literalmente que me derrito. Todo mi cuerpo se hace agua.

No hay cuerpo, solo soy alma.

La noche de los muñecos vivientes

Dicen las hijas que hoy no tienen hambre.

Qué inmadura parece la felicidad cuando se sufre. Qué tonto el desamor cuando se alcanza el desencanto.

Las muñecas más bonitas son las muertas.

La mirada inexpresiva del ánima esquiva en la cama del forense. Hoy las niñas dicen que no tienen hambre.

sus vientres llenos de espacio.

des, pa, cio

[como si comer fuera una cuestión de tiempo]

porque vivir es una cuestión de tiempo.

sus bolsillos llenos de sobres de ketchup:

preparan

la herida como parte del decorado y el silencio

como dogma de fe —estigma—

contra lo real.

La parada de los monstruos

Hoy es un día sin música. Se oye la respiración de las paredes y el golpeteo de quien quiere entrar por la ventana a esta casa de insectos.

Dios se acurruca en una nube, asustado. Tiene miedo de sus hijos y del eterno murmullo de las almas que no dejan de entrar en esta casa de insectos.

Yo me arrastro entre cuatro paredes y no salgo ni a maullar humo porque temo al abrir encontrarme a quien trate de entrar a esta casa de insectos.

Me quedo quieta y dejo las luces encendidas / me dan miedo los monstruos
me quedo dormida y tiemblo al menor ruido / me dan miedo los monstruos

me quedo sin aire y respiro —aun así— porque aquí / a mí / no han de entrar

los insectos.

Aunque se tomen la licencia de ignorar el vado y vengan a morir a mis entrañas
aunque canten los gusanos —*te aceptamos*— y cavén mi tumba en el jardín
yo no moriré no seré pan para ellos ni la nada en mí

aunque vengan a parar aquí
todos mis monstruos.

